



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10805

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 d.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 11 DE MARZO DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, J. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y a plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS

CAMILO PEREZ LURBE
12, CASTELLINI, 12.

LA VUELTA DE POLAVIEJA

La noticia de que Polavieja se encuentra enfermo y los anuncios de los corresponsales de la prensa sobre la vuelta de dicho jefe a España, han caído como una bomba, causando en la opinión hondo disgusto y general desasosiego. Esas nuevas tan inesperadas han sido como el jarro de agua fría que ha apagado los entusiasmos producidos por la toma de Salitran.

¿Qué pasa para que el general hable de abandonar la campaña que comenzó y continúa con tanto lino y tanta fortuna? ¿Es que pide refuerzos y no se le envían? ¿Es que necesita esos refuerzos para asegurar el resultado de la contienda en que se halla metido y cree que de no recibir nuevos contingentes se convertirá en fracaso lo que hasta ahora han sido victorias continuadas y brillantísimas?

La opinión se preocupa en estas cosas y tiene razón sobrada la opinión. Y no son solo preocupaciones lo que la asaltan; la solicita también con fuerza irresistible una desconfianza que no puede arrojar lejos de sí. Por eso al saber por los cablegramas que vienen de Manila que el ilustre Polavieja está enfermo, donde dice enfermedad lee disgusto y al tener noticia de que se habla de la vuelta a España del general en jefe, da por hecho que ese sea el pensamiento del Capitán general de Filipinas.

Y al pensar esto la opinión piensa con lógica. Si no se necesitaran

refuerzos para dar a la rebeldía lagala el golpe que la ha de reducir a la impotencia circularían los telegramas que tal dicen por el cable? Seguramente no, la censura les opondría el veto.

¿No lo hace? Pues es indudable que son necesarios los refuerzos; y háyalos pedido o no el general, ya es bastante que deje circular los telegramas que de tales cosas se ocupan.

Lo mismo sucede con la noticia referente á que se habla de que el general volverá á España porque está infartado del hígado. ¿La ha dejado pasar la censura? Pues es cierto, el general piensa volver para curarse de esos infartos o de los disgustos que le produce la resistencia que pueda hallar en el gobierno ó los escritos un tanto punzantes que insertan a diario los periódicos de la situación.

Sospechamos que este asunto está llamado á agitar hondamente las pasiones. La opinión llevo á Polavieja a Filipinas, ha puesto en él su confianza, lo ha seguido y lo sigue en su camino victorioso, lo ha aplaudido en el desarrollo del plan de operaciones en el cual parece que en lugar de mover columnas de soldados mueve las piezas de un tablero de ajedrez, lo ha victoreado en Santo Domingo, en Silang, en Dasmariñas, en Salitran; y cuando, al verlo ya bajo los fuegos de Imus, espera anhelante el telegrama que le ha de traer la noticia de que el último y mas fuerte baluarte de la rebeldía ha sido coronado por la bandera española, se ve sorprendida por la noticia inesperada de que el general está enfermo y piensa volver á la península.

¿Sera verdad todo eso ó es el resultado de una intriga?

No pasara mucho tiempo sin que comprobemos si es lo uno ó es lo otro.

LA PROFECIA DE UN LEGO

Corre por la prensa italiana una extraña profecía, según la cual queda muy poco tiempo de vida al actual Pontífice.

Parece que hace veinte años el lego de un convento de Perusa vaticinó que León XIII sería Papa por espacio de cuatro lustros.

Las circunstancias en que fuera hecha esta profecía son dignas de recordarse.

La noticia de que el arzobispo de Perusa, monseñor Pecci, había sido elevado á la cátedra de San Pedro llegó al convento del lego profeta cuando toda la comunidad se hallaba reunida en el refectorio.

El superior del convento, que no ignoraba la avanzada edad del nuevo Pontífice, manifestó sus temores de que León XIII no pudiese ocupar más de cuatro ó cinco años la Sede pontificia.

El lego en cuestión, dirigiéndose á su superior en tono humilde y con semblante inspirado, dijo:

—Reverendo padre, León XIII gobernará la Iglesia durante veinte años.

La cosa, por entonces, quedó así.

Diez años después, viendo el superior del convento que León XIII gozaba de excelente salud recordó la predicción del fraile y quiso someter á éste á una prueba.

Puesto de acuerdo con la administración telegráfica de Perusa, hizo que un día á la hora en que la comunidad se hallaba reunida, le pasasen un telegrama en que se le anunciara la muerte de Su Santidad.

Recibido el despacho y leído en voz alta por el superior, todos los frailes cayeron de rodillas.

Sólo el lego permaneció en pie, y sonriendo dijo:

—Esa noticia no puede ser exacta; León XIII vivirá todavía otros diez años.

A las instancias del superior, contó el lego que la noche del 20 de Febrero de 1878, noche en que el cardenal Pecci fue elegido Papa, tuvo aquél una revelación que le anunció que el favorecido en la elección ocuparía 20 años el solio de San Pedro.

Ahora bien; el día 3 del actual entró León XIII en el vigésimo año de su pontificado.

De desear es, para bien de la Iglesia y de todo el mundo católico, que la extraña predicción del lego de Perusa no llegue á realizarse.

MANIFESTACIÓN PIADOSA

Ayer tarde, á las cuatro, dejó de existir el cabo de apuntadores del once-no batallón de artillería, de operaciones en Cuba, Pedro López Gallardo.

¡Pobre soldado! Salió de la Habana en el último correo, herido de muerte, alimentando la esperanza de que el cariño de la familia y la vista de la patria le devolverían la salud perdida, y se engolfó en el mar pensando en sus padres, en su hogar, en sus amigos, en su novia tal vez, en todo lo que significaba para él un consuelo, un lenitivo, algo en fin que le atara fuertemente á la vida que se le iba escapando por momentos.

Y el cariño de la familia no le ha salvado; la vista de las costas que con tanto afán buscó en el horizonte durante su larguísimo viaje no le ha devuelto la salud; su hogar, tranquilo en otro tiempo más feliz, no ha presenciado las alegrías de la vuelta del expedicionario.

Hace dos días llegó el pobre soldado á la estación del ferrocarril, donde lo esperaban sus padres, que habían venido con ese objeto desde Mazarrón. Llegaba tan acabado, tan moribundo, que hubo que meterlo en una posada para que no se muriese en el camino que aun le faltaba recorrer para llegar á su casa. Y allí ha muerto, en casa extraña y en extraño pueblo, muy cerquita de sus padres, pero lejos de sus amigos, de su novia, de los lugares que presenciaron sus juegos de niño y alegraron los días que precedieron á aquél en que la patria lo llamó para su defensa.

¡Pobre soldado! ¡Pobre héroe anónimo! De su sacrificio solo queda una poca de tierra removida y una cruz de madera levantada por la caridad.

Tan luego la noticia se hizo pública, se presentó en la posada de los Cuatro Santos, donde estaba el cadáver, el corresponsal de «El Imparcial», el cual ha satisfecho los gastos de entierro con cargo á aquel periódico, á excepción del ataúd que ha pagado el Circulo Militar.

El clero del Departamento ha contribuido con su presencia al entierro, sin devengar honorarios, pagándose la cera y dando al acto grandísima solemnidad tanto en la conducción del cadáver, como en la iglesia de Santo Domingo donde fue conducido para reposar.

En lo que del Vicario general, castrense ha dependido ha hecho cuanto estaba en su mano, que no era poco.

Los artilleros han dedicado una magnífica corona á su difunto compañero.

A las doce de hoy se ha verificado el entierro, que ha sido una grandísima manifestación de patriotismo y de piedad, en la que se han confundido todas las gorras del ejército y de la marina y todas las clases sociales.

Abrió la marcha una sección de artilleros con velas encendidas; seguía el clero castrense con cruz alzada, estandarte y capa pluvial y después el féretro llevado á hombros por cabos de artillería.

Marchaba detrás la presidencia del duelo, compuesta del gobernador militar, el alcalde, el jefe de la brigada de infantería, el vicario general castrense, el teniente coronel del 6.º batallón de Artillería de plaza, el capitán de infantería de Marina D. Camilo Martínez, en representación del Circulo Militar y el corresponsal de «El Imparcial» señor Palacios.

En el acompañamiento figuraban numerosas comisiones del Ejército y la Armada, los jefes y oficiales franceses de servicio y numeroso elemento civil.

Cerraba el cortejo fúnebre la música del regimiento de España y secciones de soldados de los cuerpos de la guarnición; marchando detrás larga fila de carruajes enviados por los señores don Esteban Llagostera, D. Pedro Casciaro, D. Justo Aznar, Sra. viuda de Oliva, D. Pedro Conesa y D. Juan Sánchez Doménech.

Además de la preciosa corona del cuerpo de artillería llevaba el féretro

—¿Qué rareza! replicó el astuto embajador. ¿Y ella quiere?

—Su edad no es á propósito para saber lo que desea. Venid y os la presentaré.

—Me hareis honor en ello, marquesa.

—A propósito, observó ésta; advierto que entre la multitud de convidados no existe ningún uniforme del ejército. ¿Quién tendrá la culpa de esta omisión?

—¿Y me lo preguntais á mí?

—Debeis estar al corriente de los negocios.

Al concluir estas palabras llegaron al lado de la joven Enriqueta, delicada y tierna flor de diez y ocho años, cuyo rostro tímido é interesante revelaba la pureza de su alma.

—Venid, querida mía, le dijo Margarita; os doy á conocer á mi amigo el príncipe de Harcourt, y al mismo tiempo deseo que lleguemos á la puerta de la cámara real; pues el rey y la reina van á salir.

El embajador se inclinó galantemente, y Enriqueta siguió los pasos de la Villouraz.

Todos los cortesanos estaban en movimiento; damas y caballeros se empujaban para ponerse en fila cuando pasasen Carlos y su esposa, y rendir un homenaje, ya de adoración, ya de respeto á la majestad de la tierra.

Pero en aquel instante un incidente inesperado

trastornó las operaciones de los ambiciosos y los cálculos de los palaciegos.

Dona Mariana de Austria se presentó en la parte opuesta; á su derecha caminaba el condestable de Castilla, y á su izquierda el duque de Uceda, cuya casa había escogido por morada desde que vino de su destierro.

Los tres personajes, severos, de bastante edad y fundidos en el molde antiguo de los tiempos de Felipe IV, entraron al mismo tiempo que dos ugiereas gritaron con heráldica entonación.

—El rey.

Los que esperaban el favor del partido de la reina madre se precipitaron á recibirla con profundas cortesías; pero detenidos en medio de su camino por la voz de los ugiereas, se quedaron perplejos sin saber á donde acudir.

La puerta de la cámara real se abrió y dió paso á los augustos esposos.

Colocados en el solio que se les tenía destinado, la duquesa de Terranova, acérrima enemiga del partido de D.ª Mariana de Austria, y camarera mayor, fué presentando á la reina las damas principales de la nobleza española, mientras los caballeros rodeaban al rey.

ma tan hermosa como la vuestra, no necesita de la soledad y del retiro para vivir sin mancha.

—Eso he pensado algunas veces.

—¿Y qué habéis deseado?

—Nada.

Los brillantes ojos de Margarita buscaron la verdad en la límpida mirada de su amiga.

—¡Oh! ¿y no habéis fijado vuestro pensamiento en otros goces?

—¿Qué goces?

—En los goces del corazón

—No os entiendo...

—Escuchad. ¿Conocéis la palabra amor?

Enriqueta se puso sumamente encendida.

—¡Amor! mi duena me ha prohibido que piense en él. Dice que es un gran pecado.

—V estra duena será sin duda una mujer ridícula... Amad, Enriqueta; escoged una persona noble como vos, hermosa, y digna por todos títulos de llenar vuestros deseos... Si vuestro padre insiste en cubrirlos con el velo de las hijas del Señor, habedle presente vuestro modo de pensar; si es obispo, entregad la mano al caballero que sea dueño de vuestro corazón.

—¡Oh! ¿qué me aconsejais?

—Lo que os conviene: Ved la diferencia de una